

Huelva y América Cien años de Americanismo

Revista “La Rábida”

(1911-1933)

Rosario Márquez Macías [Editora]

EDITAN:

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
Monasterio de Santa María de las Cuevas.
Calle Américo Vespucio, 2.
Isla de la Cartuja. 41092 Sevilla
www.unia.es

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE PALOS DE LA FRONTERA
Calle Rábida, 3
Palos de la Frontera 21810 Huelva
www.palosfrontera.com

RESPONSABLE DE LA EDICIÓN:
Rosario Márquez Macías

COPYRIGHT DE LA PRESENTE EDICIÓN:
UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE PALOS DE LA FRONTERA

COPYRIGHT: Los autores.

FECHA:
2012 (2ª ed. revisada)

EDICIÓN:
500 ejemplares

ISBN:
978-84-7993-223-7

DEPÓSITO LEGAL:

MAQUETACIÓN Y DISEÑO:
Olga Serrano García y Felipe del Pozo Redondo

IMPRESIÓN:

Índice

Presentación

Juan Manuel Suárez Japón

Pág. 9

Huelva, 26 de julio de 1911

María Antonia Peña Guerrero

Pág. 11

Huelva y América. Cien años de Americanismo. Revista “La Rábida” (1911-1933)

Rosario Márquez Macías

Pág. 21

Manuel Siurot entre La Rábida y Argentina

Victoria Eugenia Corbacho González

Pág. 61

José Caballero y la revista “La Rábida”: un vínculo cultural a través del Atlántico

José María Morillas Alcázar

Pág. 87

La Rábida. Breve historia de dos bibliotecas

Felipe del Pozo Redondo

Pág. 111

“La Rábida”. Revista ilustrada

Pág. 127

Índice de imágenes

Pág. 205



1. "El Claustro". *La Rábida. Revista Colombina Iberoamericana*, nº 166, mayo de 1928.



1. "Calle Cánovas. Hermosa y ancha vía que está pidiendo un nuevo edificio municipal".
La Rábida. Revista Colombina Iberoamericana, nº 168, julio de 1928.

Huelva, 26 de julio de 1911

María Antonia Peña Guerrero
Universidad de Huelva

Recién salido de las minervas de la imprenta de Miguel Mora, en la céntrica calle de Sagasta, que hoy conocemos como Marina, el primer número de la revista *La Rábida* definía Huelva como “una ciudad activa, comercial y trabajadora” y añadía: “su provincia es rica de suelo y subsuelo; sus industrias de mar van adquiriendo grandísimo desarrollo”. El editorial que ese 26 de julio de 1911 presentaba la nueva revista a sus lectores no dudaba de que la vitalidad económica y cultural alcanzada por Huelva desde el arranque del siglo XX habría de contribuir a reforzar su identidad americanista y a proyectarla, en pos de un consistente impulso, hacia las jóvenes repúblicas americanas forjando con ellas nuevos vínculos de reciprocidad y entendimiento.

A nadie se ocultaba que Huelva, usufructuando los significativos cambios sociales, políticos y económicos que se habían operado en la provincia durante el último tercio del XIX, atravesaba uno de sus momentos más espléndidos y concitaba la mirada interesada de los inversores extranjeros generando no pocas expectativas de progreso. Como consecuencia de un crecimiento demográfico sostenido que hundía sus raíces en el siglo anterior, la población se había duplicado entre 1877 y 1900, alcanzando en esta última fecha los 20.927 habitantes. Sólo una década más tarde, en 1910, los vecinos de la ciudad sumaban ya la cifra de 28.357 y acusaban, empujados por los acontecimientos, una transformación imparable y acelerada. Indudablemente, tras esta pujanza se encontraban el prodigioso despegue de las actividades extractivas en la cuenca minera, la modernización del sector pesquero y la potenciación de las instalaciones portuarias, que, gracias al movimiento comercial del mineral y de otros productos agrarios como el vino, el corcho, la madera o los frutos secos, habían convertido a Huelva en el primer puerto exportador de España.

No todo este crecimiento poblacional, como es de suponer, se derivaba de meras razones vegetativas. Desde las últimas décadas del siglo XIX, la capital de la provincia se había convertido en un crisol destinado a acoger las corrientes migratorias que se dirigían a ella procedentes de los pueblos del interior e incluso de otras provincias españolas y que hallaban su principal fundamento en la posibilidad, más o menos cierta, de que en la ciudad se obtendría un empleo o se mejorarían las propias condiciones de vida. No todo este crecimiento, por otro lado, se repartía por igual entre los distintos sectores de la economía local. Durante la segunda década del siglo, y con independencia de su perduración en el tópic castizo, el retraimiento de la marinería tradicional era ya un hecho incontrastable y, en contrapartida, la sociedad onubense, característicamente desarticulada, se perfilaba con los trazos tortuosos y conflictivos de una ciudad típicamente obrera. Generalmente carentes de cualificación y experiencia, el inmigrante y el onubense medio buscaban trabajo en esos años en las labores de carga y descarga de los muelles, en los establecimientos ferroviarios o en los distintos almacenes y fundiciones que circundaban el puerto al abrigo de sus actividades. De hecho, a medida que se había ido espesando el tejido empresarial y mercantil de la ciudad, su perímetro había asistido a la aparición de todo un cinturón urbano poblado por talleres y fábricas de muy diverso carácter: unas se dedicaban a la elaboración de alimentos y bebidas, otras a tratar el corcho, producir yute o fabricar cemento. No faltaban las directamente vinculadas a la capitalización de la cuenca minera y a las modernas demandas de una ciudad expansiva que se imponía sobre su entorno agrario: así, suministraban aceites minerales, abonos, productos químicos, gas o electricidad. Al calor de estas actividades industriales y fabriles, empleados, obreros, trabajadores temporales y aprendices multiplicaban su presencia.

Nuevos hombres, con nuevos problemas y nuevas actitudes. A principios del siglo XX, el casco urbano tradicional, cuyos barrios aún se articulaban sobre la estructura de las viejas parroquias y conventos (La Concepción, San Pedro, San Francisco y La Merced), rebosaba por sus bordes dando lugar a nuevos asentamientos espontáneos que colonizaban las zonas bajas e insalubres paralelas a las riberas de los ríos Tinto y Odiel: el Matadero, el Polvorín, Balbuena, Pozo Dulce, las Colonias, la Vega Larga... Asfixiada por muelles y embarcaderos y constreñida por los raíles que conducían hacia Sevilla y hacia Zafra, la ciudad de Huelva crecía caótica y veloz por el margen de los ríos, hacia el Norte y hacia el Este, estirando los extremos de esa punta de flecha que siempre fue. Años más tarde, esta otra Huelva de corralones y chozos, poblada de hostales, albergues y zahúrdas, en la que el hacinamiento y el desorden se imponían, sería descrita por Concha Espina en *El metal de los muertos* sin ahorro de realismo y crudeza, aunque encubriendo su nombre bajo el de *Estuaria*, la ciudad de los contrastes: “la rubia patria del vino y el sol”, la “ciudad blanca y apacible, de

cándido perfil”, pero también la del “suburbio, harto nutrido y malviviente”.

Todo parecía estar cambiando vertiginosamente. A la altura de 1911, el de La Merced era ya un barrio mayoritariamente obrero, desbordado por la construcción irregular que sobrepasaba su frontera natural y se precipitaba hacia los aledaños de esteros y marismas. Considerado por los políticos dinásticos como un distrito electoral problemático y ganado por los republicanos gracias a su capacidad de penetración en la masa trabajadora, sus huelgas y manifestaciones, a veces de gran dureza, jalonarían los primeros veinte años del siglo. Le iba a la zaga el barrio de San Francisco, antiguo solar de la marinería, que a la sazón se debatía entre el ambiente que rodeaba a la Plaza de las Monjas –verdadera encrucijada mercantil y burguesa de la ciudad, con sus prolongaciones comerciales hacia la Placeta y las Tres Calles– y el más humilde marco de las calles de Enmedio, Miguel Redondo o Alfonso XII. En ellas, el pescador que remienda redes sentado en el umbral va siendo paulatinamente desplazado por el obrero que cada



2. Vista parcial de la Casa Colón.
La Rábida. Revista Colombina Iberoamericana, nº 2, agosto de 1911.



3. Vista parcial con la iglesia matriz de San Pedro (antigua mezquita). *La Rábida. Revista Colombina Iberoamericana*, nº 100, noviembre de 1922.

mañana acude a los talleres de Matías López, a las lonjas de pescado del muelle de Levante o al embarcadero de mineral de la *Río Tinto Company Limited*. A estos dos se había sumado en 1903 un nuevo barrio de similares entrañas proletarias. Desde esa fecha, el de Colón recogía oficialmente el crecimiento de la ciudad bordeando su flanco oriental en torno a la antigua carretera de Alcalá de Guadaíra, una arteria rústica y desdibujada que terminará enlazando casi sin solución de continuidad los pabellones del Hotel Colón con la llamada Isla Chica. A comienzos de los años diez aún podían verse algunos marineros y pescadores en sus improvisadas calles, pero el grueso de sus vecinos se contaban ya entre los que trabajaban en el Matadero, en la fábrica de guano o en las dependencias y talleres de la Compañía de Riotinto, una imponente edificación enclavada al otro lado de las vías, frente al Hotel Colón, y que mantenía en nómina a casi un millar de empleados.

Pero no toda la ciudad de Huelva ofrecía esta imagen suburbial de obreros y marineros. Todo dependía de adónde se mirase. Los barrios del centro –preferentemente, La Concepción y San Pedro– conservaban aún su aire distinguido y la elite mercantil y profesional continuaba refugiada en ellos convirtiéndolos en el escenario de una activa y bulliciosa sociabilidad burguesa que se citaba en los muchos casinos, círculos y ateneos y giraba sobre sí misma en los bailes de Año Nuevo y Carnaval.

Para adaptar la ciudad a su propia metamorfosis, en aquellos años se acometieron algunas reformas de infraestructura que casi nunca fueron suficientes. Alumbrado, acerado, agua potable, alcantarillado, construcciones civiles, parques, plazas y avenidas fueron las asignaturas pendientes de una administración municipal poco acostumbrada a resolver, agilizar y



4. “Calle de Sagasta, hermosa y ancha vía que conduce al puerto”. *La Rábida. Revista Colombina Iberoamericana*, nº 125, diciembre de 1924.



5. Grupo Escolar de la calle San José. *La Rábida. Revista Colombina Iberoamericana*, nº 48, junio de 1915,

sufragar expedientes de obras públicas. Siendo la Restauración una época de calmas, de requisitos y cruce de influencias caciquiles, muchas de las mejoras necesarias no pasaron de ser proyectos empolvados, pendientes de los intereses y diatribas electorales que entretenían periódicamente a liberales y conservadores en su lucha denodada por el voto. Las grandes aspiraciones de la ciudadanía tendrían que aguardar para ser resueltas. Hasta 1927, ya durante la Dictadura de Primo de Rivera, no se reanudarían las obras de los muelles definitivos y hasta principios de 1929 no se dispondría en Huelva del abastecimiento de agua potable que veinte años antes, en 1909, había sido proyectado por el municipio para solucionar un acuciante problema de salud pública. Curiosamente, uno de los alcaldes en esos años de retraso, Antonio de Mora Claros, era el propietario de una red privada de abastecimiento de aguas.

Mientras tanto, algunas intervenciones puntuales habían cambiado de aspecto la villa decimonónica y la habían convertido en una ciudad más habitable. Cuando Alfonso XIII, siguiendo el precedente de su padre, visitó Huelva en 1904, el proceso de reforma ya había dejado su primera huella. Ese mismo año se había inaugurado el Paseo de Santa Fe; un año después, acabaría la adecuación del Paseo del Conquero, concebido como el eje de una vanguardista ciudad-jardín llamada a expandirse hacia el Norte, por la parte alta de los cabezos, con nuevos criterios de salubridad y confort; en 1907, finalmente, terminarían las obras de remodelación de la Plaza de las Monjas, a la que se ampliaría y dotaría de los elementos característicos de una plaza pública burguesa para realzar su creciente centralidad urbanística y ciudadana.

El gran teatro social, como vemos, se dotaba de escenarios adecuados y en el espacio público se contemplaban nuevas representaciones. La

segunda década del siglo dejaría ver, como nunca antes, que la vieja política decimonónica de los notables había llegado a su fin y que nuevos modos y discursos, propios de la política de masas que soplaba desde Europa, se imponían en las calles. Es cierto que las viejas fuerzas de la política, sustentadas sobre la endogamia política, el caciquismo y los mecanismos de clientelización,



6. Iglesia de la Concepción. *La Rábida. Revista Colombina Iberoamericana*, nº 4, octubre de 1911.

se resistirían a abandonar su preeminencia, pero no lo es menos que, a su pesar, la modernización de los usos políticos pugnaría por imponerse. El desgastado turno político que había caracterizado el canovismo desde las últimas décadas del siglo XIX acabaría convirtiéndose en estos años en una mera componenda electoral incapaz de impedir el afloramiento en la esfera pública de nuevas corrientes políticas: mauristas, reformistas, liberales demócratas, republicanos de todo tipo y socialistas, entre otros. Políticamente, el siglo XX estaba comenzando en Huelva y en lo sucesivo el mitin, la propaganda y la publicación de programas electorales se convertirían en elementos relativamente familiares para la ciudadanía. Con más claridad, sin duda, que los amaños resultados electorales que determinaban la composición del Senado o del Congreso de los Diputados, la vida política local reflejaba la

magnitud de estas mutaciones que no siempre eran fácilmente descifrables: entre 1906 y 1911, el Ayuntamiento de Huelva se constituiría, de hecho, como una discreta “república municipal”.

Pero la modernización y el cambio no sólo habían llegado a la política: también afectaban, y de forma muy patente, a la cultura. Aunque el analfabetismo continuaba siendo una de las principales lacras de la población y las escuelas públicas languidecían desatendidas por el Estado, Huelva atravesó durante las primeras décadas del siglo XX una pequeña “edad de plata” que, en términos generales, llegó a situarla entre lo más granado del arte y la producción literaria nacional. En este sentido, Rogelio Buendía Manzano, Pedro García Morales o José Caballero, en poesía, música y pintura, encabezaban la nómina intelectual y artística de una capital de provincia que se desperezaba tras un largo letargo. Antes que ellos, Juan Ramón Jiménez ya había paseado



7. El muelle de Río-Tinto. En el óvalo una parte del hermoso paseo -6 kilómetros- Avda. de los Pinzones, que conduce del puerto a la “Punta del Sebo”. *La Rábida. Revista Colombina Iberoamericana*, nº 149, diciembre de 1926.



8. Plaza Coto Mora en la que está situado el Real Teatro. *La Rábida. Revista Colombina Iberoamericana*, nº 169, agosto de 1928.

sus primeros versos por las páginas de algunos periódicos onubenses y había abogado por unos Juegos Florales que catalizasen el producto de esta etapa fértil. La ciudad de Huelva ejercía de capital y absorbía con avidez los afluentes artísticos de toda la provincia. Pocas veces se había escrito tanto y tan bueno. Los libros *Luz* de Buendía Abreu, *Sal y Sol* de Siurot o *Las tres cosas del tío Juan* de Nogales marcaban un vértice al que otros vanamente aspiraban, teniendo que conformarse con el resonar de sus nombres en ámbitos más modestos: Tomás Domínguez Ortiz, José Marchena Colombo, María Luisa Muñoz, Manuel María de Soto y Vázquez... Sobraban las inquietudes y el talento y, aunque no abundaban los canales para encauzarlos hacia su promoción y difusión, las sociedades culturales, educativas y recreativas tampoco escaseaban: en 1905 se había creado la Academia Oficial de Pintura; el Orfeón Onubense vería la luz en 1912; la Agrupación Artística Álvarez

Quintero lo haría dos años más tarde. El gran número de representaciones de teatro, ciclos de conferencias y certámenes poéticos y pictóricos de aquellos años sorprende en el contexto de una pequeña capital de provincias periférica, en la que la cultura –con mayúsculas o minúsculas– sobrevivía al margen de las instituciones político-administrativas. Aún así, algunos impulsos individuales conseguían vencer la inercia y romper con las barreras invisibles del provincianismo. En educación, Manuel Siurot y el arcipreste Manuel González García marcaban desde 1908, con las Escuelas del Sagrado Corazón, un hito singular para la pedagogía que se insertaba plenamente en la acción social católica y venía a paliar la persistente incuria municipal en relación a los temas educativos. En otro orden de cosas, mientras Juan Ramón Jiménez se infiltraba en los círculos literarios madrileños, el poeta Rogelio Buendía Abreu, que pasaba del modernismo al ultraísmo enlazando



9. Plaza de las Monjas y calle Méndez Núñez. *La Rábida*. Revista Colombina Hispanoamericana, nº 173, diciembre de 1928.



10. Huelva. Círculo Mercantil y Agrícola. *La Rábida*. Revista Colombina Iberoamericana, nº 113, diciembre de 1923.

con el foco literario sevillano, resumía en el título de su revista el signo de los nuevos tiempos: *Renacimiento*.

Ni la pobreza, ni el analfabetismo, ni la cruda situación de las clases obreras se compadecían con este “renacer” cultural que germinaba entre unas elites, no siempre exentas de conciencia social, pero incapaces de acometer ninguna otra transformación estructural. Era éste el tono de un mundo tenso y contradictorio, en el que en una misma ciudad convivían unos 8.000 analfabetos y más de una decena de revistas y periódicos. *La Rábida* fue uno de ellos y, como tal, su legado es, sin duda, el de un magnífico testigo de su tiempo.



11. Estación de Ferrocarril de Sevilla a Huelva. *La Rábida*. *Revista Colombina Iberoamericana*, nº 38, agosto de 1914.